LAS TRECE ROSAS

Manuel Tejedor Rábano

LAS TRECE ROSAS

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2023
© Manuel Tejedor Rábano, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-03-7
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-16660-2023

Las trece rosas

Esas mujeres de puño en alto engendran al hijo del horizonte,
siegan mieses para quitar las hambres de los miserables.
Golpean la sien de metal de los poderosos estandartes
las malas hierbas, arrancadas para los ángeles ramilletes de flores.

Ese amanecer de crepúsculo,
que taja la voz de hoz del alférez del pelotón
y martillea el cerrojo de la fusilería,
siega los colores de las trece rosas que esplendían amor.

Las malas hierbas para los deshollinadores, los tuertos y los ángeles,
y ya para mi estrofa,
son las más bellas flores.
¡Qué triste es hacer compañía algunas veces a las más bellas rosas!

La hoz siega el cuello de luz y desangra el perfil de sombras,
el martillo del atardecer golpeará la piel de tambor de sus rostros.
Solo por ellas, algún hijo del corazón
deberá reemprender su latido esplendoroso.

Nos tiraban a la basura cuando apretaban el gatillo
con la punta de los dedos de niebla. Al alba, en el cielo raso y cortante,
una ventisca revolotea hojas de calendario.
De amar a amar, la distancia es tan grande.

Recibíamos el amanecer por el estampido de la fusilería, con la visita
[de la funcionaria a la celda:
«Murió con el puño en alto… La otra con: ¡Viva la República!».

La belleza que veas en el mundo te hará bella entre nosotros los ángeles.
Violeta, esa flor de clausura que perfuma sin ser vista,
hasta que la memoria de ese día se olvide de su sol.
Vuelan los insectos —y yo diría que los aún gusanos—
sobre las ruinas de sus cuerpos, perfumados de pólvora y amor.

Trece rosas no abrirán sus pétalos
en los traídos y llevados amaneceres,
pero serán los más bellos y crueles de Madrid
por mucho tiempo.

Anochece

La borradura de la falta de luz en el cielo enrojece tus mejillas.
Mi triste cara debe aureolar tu alegría.
La lámpara tiembla entre tus manos y su llamita refleja la palidez de tu rostro.
Amanece como lo haría Dios, con indiferencia por mi melancolía.

Como una niña casi, deseas extraviarte en esta noche,
para encontrar entre muñecas tu despertar;
miras tu lamparita, como si adonde vayas no supieras encontrar un amanecer
[para ti.
Soy el humo del hogar que tu mano de viento disipará.

Es, de pronto, tu lámpara la que se enciende,
para que vea tu carne desnuda sobre el lecho,
cuando solo el aceite del candil es mi sueño.

Estrellas lejanas acaparan, en parpadeos,
el trinar de los pájaros del día,
hasta que el céfiro sea tu aliento.

El pianista celoso

El pianista celoso toca en el burdel,
el sudor de su frente cae espumando nuevamente su jarra de cerveza muerta.
Oliendo la flor de sus celos, de enfermedad se envenena,
la matriz preñada del mundo no sabe si nacer o morir hacerle.

Guiña los ojos avergonzada, bajándose las bragas deslenguadas.
El piano, tal vez herido por los dedos que sobaron sus pezones,
toca cuando afuera llueve con vientos de miradas, llovizna de lágrimas.
El espejo del alféizar, al lavarse la entrepierna, le hace aguas.

Después del servicio, ella se atusará ante el espejo su flequillo de cristal,
sus dedos de porcelana harán de peine o llevarán al redil del escote sus tetas de
[marfil.
El cliente, después de arar su carne con sus brazos fuertes, volverá de campesino,
surgidas del esplendor del trigo, a contar sus monedas.

Mientras sus manos de pianista tocan, «La verde nevada: el tiempo de perder no
[debe coparlo todo»,
la noche eterna sin sueños va llenando de terror su vacío.
Estamos hechos para los secretos y los caprichos, y él esta noche está carente
[de vicios.

Perderá la fe en los dedos finos, que abrirán en rezos breviarios y misales,
lecciones sin aprender, o engrasarán cerrojos de fusiles,
o partirán las carnes de las reses con cuchillos hachas
mientras devana en la rueca de las teclas: «La verde nevada: el tiempo de perder
[no debe coparlo todo».

Ante el trono, ante el altar

Aún no llegó su día… controlar el cielo,
¡de verdad creedme… huyo del cielo infinito como poco para mí!
Inquieto como los enamorados y el universo.

Ni Cristo escribió nada,
los otros, risueños, eran ignorantes,
los magnánimos son tomados por idiotas de palabra.

No hay más ley que el Rey,
no mantendremos bestias ni las mandaremos al Purgatorio,
y yo, que soy leal y no soy fiel,
¿ante qué rayo de sol esparciré mis abalorios?

Los dueños del mundo te impiden repetir la mirada
sobre su vida,
quieren de mí lo que Dios no quiere de mí,
y yo deseo el corazón de las palabras, con el latido del día a día;
a veces, todos somos Dios por fin.

Los maullidos

Un gato violinista toca cuerdas de la luna
en aquellas tabernas dulces de vinos amargos,
el hígado enferma en el paraíso
y la criada, de ganga, yace en el lecho de los errantes.

Hombres buenos, no agarrados por el cielo,
cielos áridos de hierba negra, en que la tempestad
desventrará el hijo del dolor
del hombre, que camina con el viento de lluvia azotándole el rostro,
buscándole con su gris perla el blanco de la calavera
a través de su pálida mirada tuerta hacia el espíritu.

En este barrio, el crepúsculo
es la forja que vierte el hierro líquido anaranjado
en el horizonte de la sangre del esclavo que aparenta libertad.

El perfume de las ingles del tren traquetea en los olfatos
de los puentes metálicos,
los viajeros de parejas de gatos hacen mecánicamente el amor
sobre los lechos de flores silvestres de las cunetas,
que sueñan con ser cometas,
como sueñan los árboles con desventrarse de caballos de Troya,
o la piel del esclavo con el repique de tambor
del látigo que le dé libertad,
o ya con la piel erizada de los amantes,
buscando un cielo negro donde recamar sus corazones.

Leo en la triste luz de tus ojos las primeras letras del alba,
aves de plumas de otoño caen abatidas sin vuelos,
aire que fue céfiro de oro, atravesado por tu mirada,
fenece cuando el deshollinador pinta el cielo de humo sin llamas.

Corazones ya muertos florecen en la flor negra con que besa los labios de la [noche,
esa luz de sangre vuelve a encender de amarillas las calles apagadas,
de luces tuertas, por donde caminan los ciegos de pálida tez y bastones [de tambor sin aullidos de perros.

Hasta que la luz haga amarillas las calles,
la muerte buscará los labios enfebrecidos del enfermo,
que, ocultándoselos, los hunde en la almohada.
Aun sin este beso escamoteado, la muerte le besará
ardientemente en los maullidos de la noche.

¡Yo te daría un beso tierno en los labios, querida voluptuosa!
Mas la vida, tan carnal siempre, hoy se me cubre de harapientos espíritus
y me pide de obsequio un beso, si sobre los tejados los gatos en celo maúllan.

Secretos de sombras

Esa luz, que trae los secretos de las sombras,
después de haber atravesado el corazón de las cosas y los seres
hasta que no os extrañe el vuelo de toda la belleza, se va
en el tiempo, sin las sombras de sonrisas deformes.

Se sabe de la rosa pintada
por el tiempo en que fue cortada,
nunca de quien para pintarla fue segada;
el arte no llega a dar vida como la vida al arte.

La rosa solo dice al artista cómo es.
La rosa dice no saber nada del artista,
con el amor que inspira no sabe qué hacer.

Vivimos en el reflejo de la vida, ante el espejo
que no sabe qué hacer con nuestra imagen,
no sabe qué hacer con el amor como el amor hace con él.

Charada

El caprichoso placer que la reina pone en los labios de la concubina del rey:
Hemos llegado a tener que sentirnos en lugar de hablarnos,
hemos estado juntos ante el portentoso milagro que nos hizo bellos…
ya no podremos dejar de amarnos.

Atrevida con lo que siente una flor
cuando el pájaro alegre piensa,
por preocuparse de la caída de sus pétalos
y no haber perdido aún sus alas de codicia.

Pierdo en el juego de las prendas la vida;
mi mundo, en los reflejos del espejo;
la vida, en sus espíritus colgados de harapos,
aún es la sombra de mi carne.

Nadie en mi nadie se espiritualiza,
ni nada en mi nada se materializa.
Añicos cortantes de carne y espíritu pudriéndose por el mundo:
lloraba como un verdugo, cuando te ibas sin mi camino.

Noche verano

En el roto profundo de la niña de tus ojos,
el horizonte se había vuelto vertical,
como la gata mira la noche
en el relámpago de la estrella fugaz.

Una noche de verano, cuando me sentía solitario,
me atreví a adentrarme en tus ojos negros.
Por la elocuencia del silencio se entristecía el reloj,
porque la melancolía maneja las manecillas de las horas.

Ni las hojas de papel, ni las de los árboles habían aprendido la tarde
y yo ya había sentido el crepúsculo, clavado de sol rojo en mi costado,
como si Cristo de Picasso pintase en el cielo el carmín del beso de una rosa para
[mí.
El natural egoísmo de hacer creer a Dios salvar lo que creemos que es nuestro,
para salvarnos a todos por ser suyos.

Miro mis manos y veo las manos de Dios en todos sus dedos,
pero… ¿de quién son las huellas?
¿Y a qué rostro sobresaltado van a acariciar
tanto miedo? Continué hasta no llegar a escuchar
el traqueteo del viaje, viendo hacia los adentros de las ventanillas.

El natural egoísmo de Dios de salvarnos a todos,
por salvar lo que cree que es suyo.
De antorcha me guía hasta los aledaños de su tanta tierna oscuridad eterna;
en lontananza, el resplandor de los puentes, que tras nosotros vamos quemando.

Contéstame si existo en ti

Contéstame si existo en ti.
Soy el ejército de uno
contándote cuentos sin tristeza ni alegría de mis soldados;
ellos, los muertos, o los que van a morir,
saben sucesos de nosotros los vivos,
por nosotros desconocidos.

Prende en tus ojos la mirada en llamas,
cuando el cielo rompe su cúpula de cristal de siete pecados capitales,
sus pétalos de añicos a la vez nos hieren y nos salvan
por ver todo en otros y nada en mí mismo ni a nadie.
Deseo empezar a ser el todo de todos,
metamorfosis que vuelve la mariposa en gusano,
el vuelo en tierra de donde nunca debimos haber salido.

Contéstame si existo en ti.
Soy el ejército de uno,
alguien quizás se ocupará del mundo
hasta que Dios lo haga al final de los tiempos.
¿Quién sino el diablo atruena la voz ronca del obús?
¿Se debe morir por gente que ni siquiera conocemos ni desea conocernos?
No soy el hombre al que Dios quiere a su lado,
tampoco quiere acompañarme el diablo.
¡Eso es todo!

Viajar a ningún lugar es mejor
que no viajar por haber llegado o no haber partido.
Contéstame, al menos, si estás ahí,
esperándome con tu inmenso vacío
del búcaro sin flores para mí.

El emperador del miedo

Conozco la noción del miedo y su nación,
badajo de la campana del fuego
donde nace la vida de las sombras del mundo,
hasta echar de menos la asidua mierda.

El Emperador se viste del éxito de un lujoso atuendo,
sus vestiduras no saben qué cuerpo visten.
Nuestra grandeza son esos estúpidos que alabamos,
los dedos del tañido del viento mecen sus cabellos.

Lucifer: ¡Hijo mío! ¿Por qué asaltas mi gente con tus tropas
y derribas mis murallas, si no tienes posibilidad de ganarme?
¿O acaso ya soy un dios vendido?
Todo es tomar el Espíritu Santo uno del otro.

Mi ofrenda a ti soy yo, torciendo el destino
con que me ofrecía a los dioses,
los niños dioses juegan con un muñeco
que también juega con ellos.

Como en la eternidad, sin tiempo
y hasta que la imaginación haga brotar una flor en la mente de la pradera
busco flores para ti entre esta hierba,
sin saber qué hará con nosotros el cielo.

En esa muerte de vivir en el mundo de las cosas y los seres perdidos,
donde, no como nos habla Dios
y al que más queremos,
decimos la oración: ¡Dame algo más de vida, para huir de ti
o para acercarme a ti por mi última poesía!
Y es que, abandonada la vida, no abandona la muerte,
solo varía del calor del estertor al frío de la sangre detenida.

No es del cañón de la goleta pirata el estruendo,
sino del silencio de la tempestad de mi vida por el mundo.
Regreso a la eternidad: un mundo al revés es mi vida.
De mañana, el ángel me lleva;
de noche, el demonio me trae dulcemente al hogar del miedo.

Los alrededores

He jurado, como un guerrero ante la vida
con su espada, hacer sagrada cada palabra
de esta tierra; la sangre va hacia donde es querida,
aun la derramada por la espada desenvainada.

Todo es caer al suelo en la lucha
o desmayarse de amor sobre el lecho.
La luz extraña que me desconoce cada día es tuya;
es mía la oscuridad, que me parte el pecho.

Hasta que otee el camino angustioso de mi rostro en tu cara,
todo alrededor de mí es mío.
La luz de luna cojita en lajas blancas y negras me juega y espanta
su ajedrez de luces y sombras sin sentido.

Ahora, mis alrededores de vagabundo en las escalinatas de la iglesia,
donde danza el mundo de limosna en monedas,
por el agujero de aguja de su puerta ya nadie entra.
La sangre va hacia donde se la acuna tan esmirriada,
hasta que otee el camino angustioso de mi rostro en mi cara.

Florecen los helechos

No habrá música, ni bailaré en mi entierro,
ni andaré descalzo por mi hogar, sino por las estepas.
El hogar será encendido con madera de mi cruz.
El viento turbio del dolor aclarará mis lágrimas.

Te miraré a ti, mi Dios, no a través de las cúpulas de tus catedrales,
sino bajo las nubes que atraviesan tus cementerios.
La noche será el ave rapaz que vaciará la niña de mis ojos.
La lluvia será mi sangre fuera de mis nervios y mis huesos.

La tempestad conseguirá lo mejor haciendo lo peor, que es la vida.
Brotan, de repente, las flores del desierto.
La lluvia de luz ciega de la noche atrae con sus granos de trigo
cacareo de estrellas.

Florecen los helechos y tu estrella rutilante sin noche
de mi noche se va alejando
en este cielo, que nunca será morado,
con el rostro quemado de los inviernos no nevados.

Duermo ante el horno como el Dios de la túnica de cielo negro
ante el hogar de las estrellas, en su universo de inviernos
se cae la hoja del bosque y tristes regresamos a otro hogar.
Tenía la noche y el día… todo debe confabularse para mi llegada a casa…
pero ¿y todos?

Duermo como el que sabe que el sereno encenderá con su candil
el farol de lo más apagado de la calle… mi casa
en la noche más oscura, fría y triste de mi vida.
Se llena otra vez el cielo de mí, cuando vuelan de regreso las grullas.

¡Dios, la pequeña llama titilante es el esplendor de una estrella!
Me despereza la manera en que el sol abre sus pétalos de rosa
y sus cabellos caen de lluvia de rocío de la noche sobre mi pecho,
después de haber besado de los labios del diablo sangre de Cristo.

La pesadilla del diablo: ¡haber bebido de la sangre de Cristo!
Para atravesar la despiadada noche de su cruz
que le conduzca a su jardín del Edén.
Campanillas de monedas en los bolsillos de las campanas
de los monaguillos pobres
en lontananza suenan, dadas de limosna por el César.
La pesadilla del diablo es haber bebido de su sangre Cristo.